

y rehusando comparecer, probado su crimen, se le declaró por parricida, por falso y por traidor, confiscándose todos sus dominios de Francia á favor del rey su señor, segun las leyes feudales. Un ejército dió valor á esta sentencia, y procuró su execucion. Así la Normandía volvió á entrar en la obediencia de los reyes de Francia, despues de haber estado cerca de 300 años baxo un dominio extranero. La Turena, el Anjou, el Maine, el Poiteu, y parte del Berri tuvieron la misma suerte, quedando solo la Guiena en poder de los ingleses. Felipe hubiera podido confiscar tambien esta provincia; pero los disturbios del Langüedoc, ocasionados por la heregía de los albigenses y por la cruzada, le hicieron juzgar, sin duda, que no era buena sazón, y que era preciso aguardar mas favorables circunstancias. La Francia perdió á este príncipe en 1223. Su reynado, uno de los mas bellos que se hallan en nuestra historia, habia sido de 43 años.

El de Luis VIII., su hijo y sucesor, solo duró 3 años. Este príncipe, que tenia valor y designios justos en materias de gobierno, intentó dar la última mano á la total reunion de las tierras poseidas como feudos por los ingleses, y lo hubiera logrado en poco tiempo, segun el zelo con que los principales señores y toda la nacion se proponian auxiliarle. Pero el papa Honorio III. le exhortó tan vivamente á volver sus armas contra los albigenses, que las opiniones del tiempo se prefirieron al verdadero interes del Estado. Dos motivos le determinaron á prestarse á los deseos del pontífice: el primero, una contribucion extraordinaria sobre el clero, que Roma le concedió; el segundo es el traspaso y concesion que le confirmó de todas las conquistas hechas por los cruzados al conde de Tolosa. Apenas este príncipe se hubo empeñado en aquella guerra, quando murió en 1226; unos dicen que en el sitio de Aviñon, que habia emprendido á solicitud del papa; y otros, que algunos meses despues de la toma de esta ciudad. Su reputacion en las armas hubiera igualado, y tal vez excedido, á la de su padre, á haber vivido mas tiempo. El sobrenombre de Leon, que se le ha dado, caracteriza su valor y su intrepidez en los combates.

El reynado de Luis IX., que llenó con gloria mas de la mitad de este siglo, es el mas bello de que se hace mencion en la historia de todos los pueblos del mundo aun los

que no miran el amor de la religion y la piedad como virtudes necesarias á los soberanos, convienen en que este santo rey es el mas perfecto modelo que se puede proponer á los príncipes que desean gobernar por las reglas de la justicia y de la razon. Tenia solo 12 años quando sucedió á Luis VIII. su padre. En una edad tan tierna ya mostraba el carácter sólido y justo, el alma recta y pura, la prudencia, la moderacion, el horror á los vicios, y las demas calidades eminentes, cuyo conjunto le hizo en lo sucesivo el hombre mas grande de su tiempo. Debió en parte estas raras prendas á la excelente educacion que la Reyna Doña Blanca de Castilla, su madre, le habia dado. Jamas sufrió que su hijo se alejase de su vista, ni ménos estuviese un instante en otras manos, mientras necesitó de su vigilancia y sus cuidados. Temia el contagio de aquellas almas viles y mercenarias que solo rodean á los jóvenes príncipes para corromperlos temprano, y dominarlos algun dia por los vicios que les han inspirado.

El difunto rey habia nombrado á Blanca de Castilla, su esposa, por tutora del joven monarca, y regente del reyno durante su minoridad. Un príncipe aun muy joven, y el gobierno de una muger, cuya capacidad aun no conocian, parecieron á los ánimos inquietos y malcontentos circunstancias oportunas para sacudir un yugo que llevaban con impaciencia. La mayor parte de los grandes se ligaron con la mira de obligar á la regente con sus armas y artificios á concederles lo que cada uno queria obtener. Estos eran los condes de Bolonia, de la Marca, de Dreux, de Champaña, y el duque de Bretaña. El Conde de Champaña Tibaldo IV., tan conocido por su talento poético, era el mas temible, como el mas hábil y poderoso. Pero su inconstancia, junto con la pasion que habia concebido á la Reyna Madre, le hicieron mas fácil de ganar, que hubiera sido de reducir. La regente sin condescender con su inclinacion, supo aprovecharse de ésta hábilmente para ligarle á los intereses de su hijo. Blanca se conduxo con tanta prudencia, que desconcertó todos los proyectos de los demas rebeldes, y el joven rey la auxilió tan bien con su valor, que se vieron en la necesidad de implorar sucesivamente su clemencia, despues de haber contribuido á establecer su reputacion con su derrota. Henrique III., rey de Inglaterra, que queria recobrar los estados, de que

su padre habia sido despojado en tiempo de Felipe Augusto, entró en la liga de los malcontentos de Francia; pero Luis le humilló de tal modo con las dos batallas que le ganó en Tailleburgo, en la ribera del Charente y cerca de Saintes, que se vió reducido á emplear la mediacion del papa para obtener la paz. Las condiciones que el vencedor le impuso aumentaron la gloria que habia tenido de vencerle, y le hicieron conocer la superioridad de Luis mejor que la victoria.

Respetado de sus enemigos, adorado de sus pueblos, y elegido por las naciones vecinas por árbitro de sus diferencias, se aplicó Luis en un todo al gobierno del estado. Se conoce baxo el nombre de *establecimientos de san Luis* la coleccion de leyes que su amor al bien público le habia dictado. Es una especie de código, en que unió á los suyos algunos reglamentos de sus antecesores. La policía interior, la administracion de justicia, la seguridad pública, la distincion de las diferentes clases del estado que componen la sociedad y la conservacion de la autoridad real son sus principales objetos. Zeloso, no por orgullo, sino por el amor del orden y de la autoridad de que jamas abusó, conoció igualmente su extension y sus límites, y nunca se mostró mas firme que quando fué menester reprimir á los que atacaban sus derechos. Su piedad, que le distinguió entre todos los monarcas, y su respeto á los ministros de la religion, no fueron obstáculo para que se opusiese con el mayor vigor á las empresas del poder eclesiástico, quando le creyó contrario al suyo, ó llevado fuera de sus límites. Para acabar de dar á conocer este gran príncipe añadiremos, que juntó al valor y á la fortaleza las luces del entendimiento, y al talento de gobernar una sencillez de carácter, un candor de alma y una inocencia de costumbres que se hubieran admirado en un religioso. Sensible á todos los males que afligen á la humanidad, fué tan liberal para aliviarlos, como industrioso en perpetuar los socorros que aseguraba á los súbditos que padecian. Ningun príncipe ha hecho tantos establecimientos útiles y permanentes en favor de los infelices. Este príncipe, dotado de todos los talentos y virtudes que forman los grandes reyes, murió segun habia vivido como héroe y como santo en las riveras de Africa adonde le habia conducido el zelo de propagar la fe. Hablaremos de

las dos cruzadas que emprendió en el artículo destinado á estas piadosas expediciones. Le perdieron sus vasallos en 1270, de edad de 55 años, de que habia reynado 44.

Felipe III., llamado el Atrevido, recogió los últimos suspiros del santo rey su padre, que al morir le dió reglas de conducta dignas de un sabio profundo. Conduxo su cuerpo á Francia, y le hizo los honores debidos á un príncipe tan justamente llorado. Heredó Felipe el valor y la piedad de su padre; su dulzura, su clemencia y su amor á la justicia templaron el sentimiento que los franceses acababan de tener. El sobrenombre que se le ha dado caracteriza la intrepidez de su valor, que parecia crecer en medio de los mayores riesgos. El suceso mas importante de su reynado es la reunion de los condados de Tolosa y de Poitiers, que volvieron á la corona por muerte de Alfonso, conde de Poitiers, hermano de la esposa de san Luis, hija única de Ramon VII. La del condado de Tolosa se verificó en consecuencia de un tratado concluido en 1229 entre san Luis y Raymundo, en el qual se estipuló; y la del Poitiers en virtud de la ley de las legítimas de los segundos que empezaba entónces á conocerse, y que se hizo mas constante en lo sucesivo á proporcion que los principios de la buena política se iban propagando. Felipe, lleno de respeto á la memoria de su padre, miró como obligacion conservar y aun aumentar los buenos establecimientos que habia hecho. No le imitó ménos en su fortaleza en mantener los derechos de la potestad real. No necesitó sino un solo exemplo de severidad para contener á los vasallos principales en su deber. Rogerio Bernardo, conde de Foix, fué en quien se verificó. Habia éste exigido á fuerza de armas el homenaje de un señor, cuyo feudo procedia del condado de Tolosa; homenaje solo debido al rey despues de la reunion. Felipe, que preveía las peligrosas resultas de semejante atentado, sitió al rebelde en su castillo, le prendió, y le tuvo en prision cargado de cadenas por todo un año. El temor de un castigo semejante impidió á los demas señores emprender cosa alguna, por la qual pudiesen merecerlo. Se hace subir á su reynado el origen de los ennoblecimientos en Francia, y el del derecho de la feliz elevacion al trono. Felipe habia llevado la guerra al Rossellon y á Cataluña contra Pedro III., rey de Aragon, uno de los principales autores de aquella

horrible mortandad de los franceses del reyno de Sicilia, tan conocida con el nombre de vísperas sicilianas, y sus armas hacian allí grandes progresos, quando murió en 1285 de edad de 40 años y algunos meses, habiendo durado su reynado poco mas de 15 años.

Reservamos para el siglo siguiente el reynado de Felipe el Hermoso, y sus diferencias con el papa Bonifacio VIII., que se manifestaron en aquella época.

Ya hemos visto la España dividida entre varios soberanos, tanto christianos como árabes, siempre despedazada por guerras de política ó de religion. Las divisiones de los príncipes entre sí, y los zelos de las naciones españolas, que se miraban como rivales, porque cada una formaba un pequeño estado, que tenia su rey y sus límites, hacian nacer intereses y pretensiones, que solo se reglaban con las armas. Tal era el estado en el siglo XIII de las pequeñas monarquías christianas, que comprehendian diferentes porciones de mas ó ménos extension de este continente, desde los Pirineos hasta el mar, y hasta la embocadura del Tajo; pues Portugal se habia erigido en reyno, como hemos dicho en la época de su formacion. Los diferentes tronos de Castilla, de Leon, de Aragon y Navarra estaban ocupados por familias que se miraban con zelos, y que envidiaban recíprocamente sus dominios. Sin embargo, estas familias reales, aunque divididas por la rivalidad de grandeza é intereses, se unian por casamientos, y por este medio se comunicaban sus títulos y derechos. La paz y la union debian ser el fruto de estas alianzas, y los vinculos de la sangre dan nueva fuerza al interes comun; de ahí debia resultar una especie de confederacion, cuya autoridad se volviese solo contra el comun enemigo, que por tal debian conocer al mahometano: pero se vió todo lo contrario. Los príncipes y princesas de España pasando de una casa á otra por matrimonios que de ordinario hacian contraer el deseo de engrandecerse, llevaban á ellas sus derechos, y adquirian otros que venian á ser un manantial inagotable de pretensiones y de discordias. Las genealogías se hacian confusas y embarzadas. Las ramas de una familia extendiéndose á otras nuevas, perdian freqüentemente de vista el punto de union en el origen; y quando una sucesion se interrumpia, se presentaba un número tan grande de pretendientes, que jamas se podian exáminar pa-

eficacemente sus títulos. La justicia y las leyes no ofreciendo medio alguno para terminar las diferencias, se decidian por las armas. Sucedia tambien de ordinario que en estas ocurrencias la rama mas poderosa sufocaba las otras, y que la guerra que pocas veces dexaba de encenderse con este objeto, ocasionaba la total ruina de los mas débiles. Así las disensiones casi continuas de los príncipes christianos fueron las que salvaron á los musulmanes de España, y sirvieron de barrera á su poder.

Por otra parte las guerras intestinas, que no reynaban con ménos furor entre los sarracenos de estas regiones, fueron muy útiles á los reyes christianos, y les dieron lugar á consolidarse. Despues de la destruccion de los almohades y de la caida de su imperio, la parte de España que habian dominado fué despedazada de guerras civiles, cuyo término debia ser muy funesto. Si los reyes de Castilla y Aragon unidos con sus vecinos hubieran conservado la armonía, les habria sido muy fácil arrojar en poco tiempo aquellos infieles. No era menester mas que ligarse entre sí, y abandonar sus designios particulares, mantener un ejército á expensas de todos, que solo tuviese por objeto atacar y perseguir los pequeños príncipes, cuya potencia se habia elevado sobre las ruinas de los almohades. Es de admirar que los papas, tan atentos á extender su dominacion, y que entónces hacian en la Europa quanto querian, no hayan intentado abolir el culto de Mahoma, que debian aborrecer como pontífices, y como cabezas de la república christiana. Hubiera sido suficiente señalar una cruzada para esta empresa; una expedicion semejante era mas fácil de concertar que las ultramarinas, y ciertamente sus conseqüencias hubieran sido mas felices. Es bien de extrañar que un proyecto tan conforme á los designios de los que ocuparon la santa sede durante este siglo, y tan análogo al actual modo de pensar, ninguno de ellos lo hubiese concebido. Se añade que no es ménos difícil de comprehender que los monarcas de la España christiana no lo hubiesen formado. Todo debia inspirarles este pensamiento, principalmente lo que se hacia en Languedoc contra los albigenses, tanto mas, quanto algunos de ellos tomaron parte en estas cosas como aliados, ó como enemigos de los condes de Tolosa.

Se ha escrito que verosíblemente los príncipes chris-

tianos de España no quisieron este perjudicial socorro, prefiriendo el destruir su patria por sí mismos y disputársela á los moros, que verla invadida de los cruzados. Nosotros no percibimos el fundamento de esta conjetura; Efectivamente no se sabe que los papas gozaban entónces de una autoridad tan extendida y respetada en toda la cristiandad, que todo lo arreglaban sus bulas? De ellos pendia, pues, absolutamente, publicando una cruzada contra los moros, tomar las medidas que juzgasen convenientes para asegurar la tranquilidad de los soberanos de España, y poner sus posesiones fuera de todo insulto. Podian tambien ceñirse á reunir todos estos príncipes, con el objeto de una guerra sagrada, sin llamar otras naciones. En uno y otro caso nada tenian que temer, y ciertamente les hubiera estado mejor librar su patria del yugo de los moros, que disputársela, como hacian con guerras interminables que los extenuaban sin fruto.

Sea lo que fuere, nadie ignora que este modo de acabar con el mahometismo en España fué tentado en 1213 por el papa Inocencio III. Publicó, pues, una cruzada contra los moros en toda la Europa christiana, dispensando las mismas indulgencias y los mismos privilegios que á las de Asia. Al principio se tomó esta expedicion con un ardor increíble, y de todas partes vinieron á engrosar el ejército, que se juntaba en las cercanías de Toledo; pero aquel fuego se disipó poco á poco. Las enfermedades ocasionadas de la destemperanza del ayre y del calor excesivo hicieron muchos estragos en las tropas extrangeras, no acostumbradas á este clima. Disgustada la mayor parte de una empresa, cuyas dificultades los aterraban, volvieron á pasar los montes de suerte que quedaron muy pocos. Alfonso IX., rey de Castilla y de Leon, mandaba la expedición; los reyes del Aragon y de Navarra le proveyeron, segun su promesa, quantos soldados pudieron. Pero el ejército christiano era bien inferior al del miramamolín, que llevaba tras de sí 80000 caballos y una infanteria innumerable. A pesar de esta desproporcion fueron abatidos los sarracenos, y su pérdida segun el testimonio del rey de Castilla, haciendo relacion al papa de aquella accion memorable, se acercó á 200000 hombres, al paso que solo murieron 25 christianos. Pero esta victoria que se mira como un prodigio, no tuvo otras conse-

qüencias, y esta cruzada fué tan infructuosa como las de Oriente. Luego no consistió en no haber excitado á los príncipes christianos á la expulsion de los sarracenos haberse aun mantenido su potencia por algunos siglos en este continente; pende de que su ruina no pudo verificarse, sino por un concurso de circunstancias, que la constitucion política de la España y el genio de sus pueblos no permitia en el tiempo de que hablamos.

Fernando III., rey de Castilla y de Leon, cuyo nombre ha consagrado la religion en sus fastos, trabajó con mas eficacia que todos los príncipes de su tiempo en estrechar los límites de la dominacion musulmana: adquirió sobre ellos grandes ventajas en diversos encuentros; les conquistó las opulentas ciudades de Sevilla y de Córdoba, y el pequeño reyno de Murcia, en donde los moros recogian la seda de que fabricaban sus mas bellas estofas. Alfonso X., su hijo y sucesor, el mismo á quien algunos señores alemanes eligieron emperador, por muerte de Conrado IV., conservó y aun aumentó estas conquistas. Los sarracenos no habian visto sobre el trono de España rey christiano, que sobre ellos tuviese un ascendiente tan notable, y ganase victorias tan continuadas. Este príncipe amó las ciencias tanto como la gloria; y les dedicó todos los instantes que no le llevaban los cuidados del gobierno, y las obligaciones de la corona. Su gusto por la filosofia y los progresos que en ella hizo, le merecieron el nombre de Sabio: las tablas astronómicas que hizo formar, y en que se asegura trabajó él mismo, son un monumento de su aplicacion al estudio del cielo.

Solo hemos hablado de paso de las cosas de Italia y del reyno de Sicilia; pero los sucesos de que aquella parte de la Europa fué el teatro, son demasiado importantes para omitirse. Todo lo concerniente á los papas lo trataremos en el artículo octavo, destinado solamente á este objeto. Por tanto nos ceñiremos aquí á observar únicamente lo que pasó en las dos partes del reyno de Sicilia, despues de la muerte del emperador Federico II.

Los reynos de Nápoles y Sicilia con sus dependencias habian pasado á la casa de Suavia, por el casamiento de Constanza, hija de Rogerio II., llamado el Joven, heredero de aquellos estados, con Henrique VI. Era Constanza la última rama de la familia real de los príncipes

normandos, que habían conquistado con su valor la Sicilia en el décimo siglo. La casa de Suavia se hacia la mas poderosa de Europa por una adquisicion tan importante. Pero se aproximaba el tiempo de su caída; y el aumento de grandeza que le proporcionó la corona de Sicilia fué la principal causa. Federico II., hijo y sucesor de Henrique VI., despues de haber tenido por tutor al papa Inocencio III., solo halló adversarios en todos los pontífices que ocuparon la silla despues de él. Este príncipe, soberano de los papas como emperador, y vasallo como rey de Sicilia, por mas hábil que era, no pudo conciliar los derechos de la soberanía con las obligaciones humildes del vasallage; en efecto, esto era difícil en una infinidad de circunstancias, en que la magestad de la cabeza del imperio debia hacer desaparecer la dependencia de príncipe sometido al homenaje y al tributo, en tanto que los pontífices querian ver á sus pies los feudatarios de la iglesia de Roma. Nacieron de ahí pretensiones recíprocas, que se sostuvieron con empresas en que no siempre sirvió de regla la justicia. Federico, á pesar de su talento y de su poder, fué la víctima de estas funestas disensiones; murió excomulgado, dexando á Conrado IV. su hijo una fatal guerra que continuar, y todos los efectos de la autoridad pontificia que temer. Tenia este príncipe talento militar y tropas aguerridas; ganó victorias, aunque los anatemas fulminados contra su padre recayeron sobre él. Pero vivió demasiado poco, y Corandino su hijo solo era un niño fiado al cuidado de un tutor ambicioso, y ya sospechoso de dos parricidios.

Este tutor, encargado de conservar los derechos del jóven príncipe, sobre quien se fundaban todas las esperanzas de la casa de Suavia, era Manfredo, hijo del emperador Federico II. Defendió el patrimonio de su pupilo, de suerte que persuadia trabajaba para sí mismo; era valeroso, activo, experimentado en el arte de la guerra; y los tesoros de su padre que halló en Lucera, hoy Nocera, en el reyno de Nápoles, le pusieron en estado de resistir al papa y á los enemigos que le suscitó: tuvo siempre ventajas, porque era mas hábil que los generales que se le oponian, y tenia mejores tropas; pero estaba excomulgado como enemigo de la Iglesia, y declarado rebelde como vasallo contra su señor. Le era imposible cumplir

sus designios en tanto que tuviese esta doble proscricion; lo conoció, y pidió la paz, pero no la pudo obtener. Se habia jurado la total pérdida de la casa de Suavia. Quatro papas habian sucesivamente negociado con la Francia y la Inglaterra para hallar un príncipe que quisiese ser ministro de su venganza, recibiendo de sus manos la corona de Sicilia. Carlos, conde de Anjou y de Provenza, hermano de san Luis, la aceptó. Pasó despues á Italia con un ejército, y buscó á Manfredo, quien no le negó la cara. Una batalla sangrienta que los dos rivales se dieron en las llanuras de Benevento decidió el trono que entre sí se disputaban. Manfredo fué muerto, y Carlos quedó vencedor, pero usó mal de su victoria; y en lugar de ganar con la dulzura y la clemencia la inclinacion de sus nuevos vasallos, los enagenó con los castigos que exerció con los que se sospechaba ser adictos á Corandino.

Este jóven príncipe, digno por su valor de su sangre ilustre, no pudo ver su patrimonio disipado por un extranjero, sin hacer quanto le permitian su edad y sus fuerzas para recobrarle. Juntó un ejército, y pasó á Italia con Federico, duque de Austria, su pariente. La faccion de los gibelinos enemiga del papa, y de consiguiente de Carlos de Anjou, se declaró por él. Lo recibió en Roma, y le hizo grandes honores. Desde allí se puso en marcha para entrar en la Pulla, y Carlos se avanzó para detenerle. Se encontraron cerca del lago Celano el 22 de Agosto de 1268, y se batieron al dia siguiente con igual furor y encarnizamiento. El ejército de Corandino fué derrotado; y este príncipe, acompañado del duque Federico, precisado á disfrazarse de paisano para libertarse del vencedor. Iban á burlar las pesquisas que se hacian de ellos, quando fueron descubiertos y arrestados. Carlos tan cruel en la venganza, como dulce y moderado su hermano san Luis, deshonoró su victoria entregando al suplicio á todos los partidarios de su enemigo, que tuvieron la desgracia de caer en sus manos. Preparaba tambien los mas bárbaros tratamientos á los dos prisioneros, de quien hubiera debido llorar la suerte y admirar el valor. Jueces dignos de ser ministros de un tirano los hallaron delinquentes, y aquellos jóvenes príncipes, que se habian portado como heroes el dia de la batalla, perecieron en un cadahalso

á los ojos de Carlos, que quiso disfrutar de tan horrible espectáculo.

Peró la sangre de las víctimas que Carlos había inmolidado á su venganza no tardó en ser vengada. Los sicilianos gemian baxo el peso de los impuestos con que los oprimian, y la dureza de los recaudadores se añadía á la comun miseria. Por otra parte las mugeres y doncellas de todos estados estaban continuamente expuestas á la insolencia de los oficiales y soldados franceses, vexacion mas violenta para una nacion en extremo zelosa, que la carga misma de los impuestos. En vano se quejaban, pues se desdeñaban de escucharlos, y todas las violencias quedaban impunes. Llegados al extremo y reducidos á la desesperacion, meditaban los medios de romper el yugo, y destruir á sus opresores. Los deseos de la venganza eran unos en todos los corazones. Rompió, pues, el dia despues de Pascua 30 de Marzo de 1282, al mismo tiempo que las campanas tocaban á los oficios de vísperas. Se arrojaron sobre todos los franceses, y los degollaron sin piedad. La ciudad de Palermo fué el primer teatro de esta horrible mortandad, y el furor se comunicó á las demas, en donde se cometieron las mismas crueldades; y esto es lo que se llama *las vísperas sicilianas*. Pretenden algunos que esta horrible conspiracion habia sido dispuesta de antemano, y concertada entre los próceres de la nacion, Pedro III. rey de Aragon, y el emperador griego Juan Paleologo; y que el secreto aunque habia sido preciso confiarlo á una infinidad de personas, se observó con una fidelidad sin exemplo. Otros dicen que una súbita conmocion del pueblo de Palermo, suscitada por los gritos de una muger ultrajada por un soldado, habia producido repentinamente este espantoso acaecimiento.

Miéntas estas escenas llenaban la Sicilia de sangre y mortandad, varias ciudades de Italia se hacian repúblicas á exemplo de Genova y Venecia. Veíase que estas dos famosas ciudades se habian hecho poderosas con el comercio y la independenciam; querian participar de la estimacion que ellas se habian adquirido, y sacar la abundancia en los mismos manantiales; las circunstancias eran favorables á este proyecto. Las facciones de los gibelinos y gibelinos despedazando el seno de la Italia, habian difundido el espíritu de independenciam, y los cruzados por su trato

con los venecianos y genoveses, habian hecho conocer que las simples ciudades pueden igualarse á otras potencias por la industria, madre de las riquezas. Por tanto Bolognia, Pisa y Florencia sacudieron el yugo de los emperadores, durante las querellas que armaron á estos príncipes y á los papas unos contra otros. Se les trató al principio de rebeldes; pero viéndolas en estado de conservar la libertad que tanto amaban, se les vendió por sacar á lo ménos alguna ventaja de lo que ya no se podia evitar.

Ya se habia formado en Alemania en el reynado de Federico II. una compañía de ciudades unidas para la seguridad de su comercio. Comenzó por las de Hamburgo y Lubec, á las quales se juntaron otras muchas en lo sucesivo. Se les llamó ciudades anseáticas de una voz alemana, que significa ciudad marítima. Se refiere al año de 1245 el origen de esta confederacion, hoy solo reducida á Brema, Danzick con Lubec y Hamburgo, á las quales debe su principio.

## ARTICULO IV.

*Ultimas cruzadas emprendidas para la conquista de la tierra santa.*

Ya hemos visto que la quinta cruzada, destinada al socorro de los christianos de Siria y Palestina, se habia terminado con la conquista pasagera de Constantinopla. Pero en el ejército empleado en esta expedicion no estaban todos los que se habian cruzado por las exhortaciones patéticas de Fulques, cura de Neully, cerca de París, de quien el papa Inocencio III. echó mano en esta ocasion, como sus predecesores habian hecho con san Bernardo para una empresa semejante. Todos los que se habian embarcado en Marsella, y otros que habian partido de Génova y Venecia para pasar al Asia, formaban dos cuerpos numerosos. Se unieron con Aimerico Lusignan, rey de Jerusalem, para marchar contra los mahometanos. Pero dos plagas igualmente formidables arruinaron en poco tiempo aquellos numerosos enxambres de europeos, sin que hubiesen sido de algun provecho á los christianos que iban á socorrer, ni á la religion que querian vengar. Estas dos plagas fueron la peste y la discordia. Hizo la primera tanto